

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS *Don La Peonia* Por FEDERICO VILLOCH



El paraguas de Novak, una caricatura publicada por «La Política Cómica».

EN la interesante obra «La Locura en Cuba», del doctor Armando de Córdova y Quesada, aparecen datos muy interesantes sobre aquella peonía que tanto ruido armó en la Habana. Con ellos y buena parte de nuestros recuerdos personales, vamos a compaginar nuestra vieja postal descolorida de esta semana. De la peonía y de los sustos y sudores que sus siniestros presagios ocasionaron en Cuba, se han cumplido ya 37 años y «parece que fué ayer», como se cantaba en «La Bruja», en el teatro Albisu, de tan agradable memoria. Por cierto —y permítasenos este aparte—que todavía vive, en su casa del barrio de Luyanó, cargada de años y de recuerdos, y dedicada al amor de su nieta, una de las más aplaudidas y gentiles artistas de aquella célebre e inolvidable compañía de zarzuela española, Carmen Duatto, la bella y escultural creadora de «El tambor de granaderos», de la Araceli de «La buena sombra» y la Rosa de «El rey que rabió», en unión

de su esposo, el señor Sauri, otro aplaudido artista que también fué del mismo grupo. Hasta hace poco, según nos dicen, aún cantaba Sauri en las fiestas de iglesias... Pero sigamos con lo nuestro, que es lo que importa hoy.

En febrero del año 1906 hizo su aparición en La Habana el profesor Nowack, provisto de una recomendación especial del Departamento de Estado de Austria, y acompañado del cónsul de su país, señor Berndes, se presentó en la Secretaría de Agricultura—era por el mismo mes de abril del mismo año—exhibiendo documentos auténticos demostrativos de su personalidad científica y de las experiencias hasta entonces realizadas, entre otras, sus predicciones sobre el horrible terremoto de San Francisco de California, que en aquella época conmovía al mundo entero. Pero el extremo realmente sensacional de su visita a la Secretaría lo constituyó su terrible predicción de un terremoto que iba a ocurrir en Cuba sobre el 15 de mayo de aquel año, en virtud de observaciones que había realizado sobre plantas de peonías silvestres en la Quinta Tariche, de Guanabacoa, y de las manchas del sol en aquellos momentos. Como consecuencia de ello las azoteas de las casas se llenaron de astrónomos circunstanciales, que se pasaban el día «mirando al sol», a través de cristales ahumados...

Por aquellos días La Habana vivió cuarenta y ocho horas bajo torrenciales aguaceros que produjeron inundaciones de muchos barrios y multitud de derrumbes de edificios, y también se presentó un temblor de tierra que causó gran alarma entre los vecinos de Santiago de Cuba, y finalmente ocurrió la terrible catástrofe de la Fábrica de Tabacos de la Vda. de Gener, con un crecido número de víctimas. La alarma crecía por momentos y se extendía a toda la Isla, como demostraban los telegramas que los corresponsales dirigían a sus respectivos periódicos, entre ellos, el de Camagüey, que denunciaba el 5 de mayo el hecho de que muchos propietarios remataban sus fincas en condiciones deplorables para ausentarse del territorio nacional. Lo mismo sucedió en Las Villas y Matanzas. El periódico «La Discusión» provocó en su redacción una reunión del profesor Nowack y los doctores Carlos de la Torre y Santiago Huertas, profesores de Biología y Geología, respectivamente, de nuestra Universidad, la que se llevó a cabo en la mañana del día 2 de mayo de 1906.

Ya puede suponerse la expectación que tal entrevista produjo entre los habitantes de Cuba. Nowack declaró que el día 21 de abril había observado en Guanabacoa signos exteriores en la citada planta «peonía», reveladores de un movimiento sísmico de grandes proporciones, sin poder precisar el punto de mayor intensidad, ni si el fenómeno ocurriría en

el mar o en tierra. La entrevista terminó con esta declaración de los doctores de la Torre y Huerta, que se publicó en todos los periódicos:

«Creemos al doctor Nowack un investigador tenaz y apasionado, aunque no hemos logrado de él la presentación de pruebas afirmativas de sus afirmaciones; y por tanto, ningún juicio hemos podido formar respecto a la certeza de las mismas». En resumen: «que el perro podía estar rabioso, y podía no lo estar».

Hallábase por entonces el teatro Alhambra en los comienzos de su gloriosa y fructífera carrera artística, y no hay para qué decir que los autores que llevaban su programa empezaron a escribir sainetes y pasillos cómicos basando sus argumentos en la preocupación que a todos dominaba: «Los efectos de la peonía»; «La peonía y el amor»; «Por causa de la peonía»; «Huye, que te coge la peonía», etc., etc. De la primera era autor el postalista, en colaboración con el maestro del género Ramón Morales, y el escenógrafo Miguel Arias. Ankerman, Simón, Romeu, Fablito Valenzuela, etc., hicieron la «Rumba de la peonía», el «Bólero de la peonía», la «Guaracha de la Peonía»—la «Conga» estaba aún escondida detrás de la puerta, y allí debió quedarse para siempre—y puede decirse, en fin, que la peonía era la obsesión nacional de músicos, autores y políticos, y por descontado, que los periódicos satíricos, entre ellos en primera línea «La Política Cómica», la hacían objeto de sus mejores caricaturas, así como el famoso paraguas del que jamás se separaba el doctor Nowack.

Poco a poco, por fortuna, empezaron a presentarse pruebas contrarias a las predicciones del doctor Nowack, hasta el grado de que un día, hallándose en el paradero de los tranvías de Guanabacoa, se le acercó un nutrido grupo de individuos que se había reunido en un café cercano, injuriándole y amenazándole con armas que portaban; actitud que fué condenada por la generalidad de las personas que consideraban al profesor austriaco, más que un impostor, un fanático de sus doctrinas.

Y no se diga que sólo en Cuba suceden estas cosas: un fenómeno análogo se registró recientemente en los Estados Unidos, desde New York hasta los Estados del interior y el Canadá, al interpretar por la radio el notable actor Orson Welles el libro «La Guerra de los Mundos» o «Marte contra la Tierra», o sea, la invasión y ataque a ésta por los martianos. Es increíble cómo una farsa semejante llevara la convicción a miles de habitantes de que se acercaba el fin del mundo. La compañía de teléfonos tuvo que atender a más de cien mil llamadas: los moradores de las casas se lanzaron a la calle presas de terror, y hombres de ciencia como el profesor Buddington, je-

fe del departamento de Geología de la Universidad se Princeton, salieron a la calle con sus instrumentos para observar el fenómeno. En todas partes cuecen habas, y por lo que se ve, en Nueva York, a calderadas.

Cuatro años más tarde, en 1910, volvió a pasar lo mismo con la predicción acerca de la cola del cometa Halley; y la gente volvió a atemorizarse, y a correr, y a hacer locuras, y a meterse debajo de la cama para huírle al «coco»; pero el pueblo seguirá tragando boías toda su vida, y con mayor facilidad, las más grandes.

Esta serie de puntos suspensivos representa una de treinta y seis a treinta y siete años, triturados por la rueda del tiempo. Se confrontaba entonces una situación política semejante a la presente, porque, si, como se dice, la Historia se repite, de la política puede decirse otro tanto. Se cuchicheaba acerca de la probable reelección de Don Tomás; y las aspiraciones y los apetitos burocráticos crepitaban como las sardinas en la sartén electoral, discutiéndose en la prensa y en los cafés, y en los mítines—aquellos últimos que ya se alumbraban con candilejas—las candidaturas de Menocal-Montoro, por los conservadores; y la de José Miguel Gómez y Zayas, por los liberales. En la citada obra nuestra «Los efectos de la peonía», se cantaba por la dulce e inolvidable Pilar Jiménez una rumba de Rafael Palau que se popularizó en el acto dadas las circunstancias, podría resucitarse de seguro, con el mismo éxito. Decía:

No le fajes tan ligero
al plato de la comía,
mira que anuncia aguacero
la peonía.

Y es bien sabido que el aguacero descargó al fin con su séquito de viento huracanado, truenos, rayos y centellas, y que estuvo a pique de sepultar y ahogar entre sus cenagosas aguas a la República...

Siguiendo el eco de aquella dulcísima voz de la inolvidable intérprete del «Tin Tan», «Napoleón», «La Guabinita», «La Guaracha» y otras aplaudidas obras de nuestro repertorio vernáculo de aquellos tiempos, también podríamos cantar nosotros:

Si hoy vas a Guanabacoa
puedes salir de estampía,
viendo lo que nos presagia
LA PEONIA.

dm, Oct 14/43